

Hernán Díaz Arrieta

## Muerte de Eduardo Solar Correa



ocas veces habrá podido decirse con más verdad la frase que la muerte llega como el ladrón que penetra en la casa a medianoche.

Eduardo Solar Correa no debió morir.

Algo en el fin de su existencia protesta no sólo con dolor, sino con una especie de reproche que no sabe a quien dirigirse. Esa desaparición repentina no estaba consultada en ningún plan razonable; todo el sistema de consuelos, la construcción de ilusiones que penosamente edificamos para resistir al destino se estremece al absurdo golpe y cae con el desmoronamiento de tantas esperanzas tan bien establecidas, tan justas o, aparentemente, tan sólidas.

Una vez más, inclinando la cabeza ante el misterio, hemos de confesarlos que aquí no hay nada seguro; que cada minuto nos es concedido como una gracia provisoria; que un abismo separa lo que ha sido de lo que será y nuestras precauciones son inútiles, nuestros proyectos vanos y la lógica del mundo reposa sobre una sombra.

. . .

Hemos sido robados.

Vida coherente, necesaria, atada por toda clase de lazos, en su conjunto y en sus detalles, útil a todos, de cerca y de lejos, cada vez más alta y más clara, la de Eduardo Solar Correa. Sus virtudes literarias y morales—seriedad comprensiva, equilibrio flexible, paciencia vigilante, desprendimiento austero y continuo, sobriedad del fondo y de la forma—constituyen el código de las condiciones más raras y más preciosas en este lado del planeta y en este período de nuestra evolución.

Dos tipos de escritores abundan en Sudamérica: el verboso de las imágenes, hinchado de metáforas, que no ha leído nada, porque la inspiración se lo da todo y el verboso de las ideas que lo ha leído todo y se agita en un caos de autores y libros, citando nombres, juntando ideas, deslumbrador a trozos, porque el talento no le falta, y hasta le sobra; pero incapaz de ordenada síntesis y nutrido de pomposas irrealidades.

La estampa de Solar Correa se dibuja al reverso de esos huecos medallones.

Humanista y estudioso a la europea, cultivábase sin más fin que perfeccionarse y transmitir sus conocimientos. Ni amor propio erudito ni afán de lucimiento. Su honradez congénita repugnaba la improvisación decorativa y la generalización apresurada, sin hechos. Sabía que

el fenómeno concreto no significa nada aisladamente; pero no desconocía que los sistemas se componen de aire sino están llenos de experiencias. Y él iba de éstas a aquéllos, acucioso, metódico, prudente y sagaz, sin apresurarse ni detenerse.

A su escritorio de estudioso llegaban las mejores revistas y él escogía y anotaba los volúmenes necesarios, consciente de su derrotero, perspicaz para elegir los medios que lo llevarían a término. No lo dominaban entusiasmos repentinos por esta u otra rama del conocimiento, apartándolo de su vía central; sabía que el equilibrio constituye la gran condición de las obras duraderas y no desperdiciaba el esfuerzo ni el tiempo. Elijió la carrera pedagógica, obscura, llena de acechanzas y de diarios contratiempos, pero que le permitía librarse del periodismo, escuela de frivolidad brillante y de satisfacciones efímeras a la que van fatalmente los aficionados a la literatura en países donde no existe carrera literaria. Sus lecciones lo obligaban a concentrarse y disciplinarse. El fervor le mantenía despierta la curiosidad y apartaba los peligros de anquilosamiento en la rutina.

Siempre estaba alerta, allegando materiales, observando y viviendo sus estudios; por todos los caminos iba hacia el mismo punto. Entre sus proyectos, que eran numerosos, aunque no desproporcionados, figuraba una antología de escritores chilenos actuales. No emitía opinión sobre ellos sino cuando se la había formado a conciencia y tenía algo nuevo, personal que decir. Le interesaba el caso de Gabriela Mistral, que juzgó con

agudeza y originalidad en sus «Poetas de Hispanoamérica», y sostuvo correspondencia, durante un tiempo, con la poetisa, para penetrarla mejor. De allí habría salido un estudio que, como todos los suyos, no sólo sería literario, sino psicológico, humano. Nos oía hablar a menudo de otros autores; escuchaba en silencio, aprobaba unas veces, rectificaba otras. Recordamos que un día nos dijo: Le tengo un descubrimiento. Y nos leyó una página de Mariano Latorre publicada en no sabemos qué revista extranjera. Un verdadero trozo de antología, un pequeño poema a propósito de una semilla, recio y jugoso a la vez, nutrido de la mejor savia y concentrado, fuerte, completo. Nos maravilló. De la charla que esa vez sostuvimos, sacamos un Mariano Latorre enteramente nuevo y explicable, con sus vacíos y sus excelencias, listo para la semblanza definitiva... que ya no será escrita...

Parece la cosa más fácil y natural del mundo percibir la realidad tal como es, sin velos imaginarios; desnuda de prejuicios. Diríase que basta abrir los ojos. Pero la mayoría no ve sino la superficie y ahí no están las cosas mismas, ni tampoco las personas, ni las ideas, ni los libros, sino lo que nosotros anticipadamente nos figuramos, por efecto de sugerencias ajenas. Eduardo Solar constituía para nosotros una enseñanza experimental y viviente de cómo se necesita verdadera intuición, una especie de doble vista para romper las apariencias establecidas y penerar más allá de las asociaciones convencionales. Un instinto seguro, casi infalible, lo guia-

ba por el camino recto, que suele ser raro y desconcertante. Poseía el don de adivinar sin esfuerzo el sentido de las fisonomías, de los actos, de los gestos como el de esa multitud de signos que en el paisaje o en el mundo impreso corresponden a los gestos y a la fisonomía.

Muchas veces nos dijo, terminantemente, el resorte oculto que movía la actitud de personas conocidas, contradiciendo todo un vasto sistema de representaciones exteriores. No siempre le dimos crédito; pero el tiempo se encargaba de confirmar su opinión.

Llegamos una tarde a su casa cargados de libros recién aparecidos. El se entretuvo en hojearlos y, por la portada, los grabados, las viñetas, los títulos, la disposición de las páginas, diagnosticaba el carácter del autor, su época literaria o mental y hasta el ritmo que debían de tomar los versos en los poetas. La lectura, después, corroboró todos aquellos juicios y, en la crítica, no hicimos sino ampliar sus dictámenes sumarios, improvisados por juego.

Durante el verano último, alojamos varios días en una hacienda del valle central, en unas antiguas casas muy chilenas, con largos corredores conventuales, un gran patio de naranjos, monástico, y un cerrito detrás de la viña que cruzábamos mañana y tarde, charlando, haciendo comentarios de libros y revistas. Eduardo era un charlador infatigable y alegre; su interés por las ideas no decaía nunca y lo mantenía en el interlocutor, diciendo siempre cosas personales, que valían la pena, que traían algo nuevo al espíritu, cosas sólidas y cu-

riosas. Su realismo, su visión demasiado exacta, solían oprimir a veces. Desde aquella hacienda fuimos a la costa, a un balneario célebre por sus bosques de pino. Queríamos nosotros ver los pinares junto al mar; pero unos arenales separaban los árboles del agua. Al fin divisamos islillas boscosas, a cierta distancia de la playa, y creyendo haber dado con lo que íbamos buscando, llamamos un bote. Eduardo miró, hizo un ademán de disgusto y dijo: No; son unos islotes miserables; el agua está sucia; las olas quedan lejos. A medida que el bote se acercaba, como si la realidad hubiera obedecido a la palabra, vimos la pobreza efectiva de la vegetación, un barro líquido cubierto de algas rotas y un banco de arena lejana que nos taparía el horizonte. Al atracar el botero, le pagamos y lo despedimos, sin embarcarnos. La observación previa de nuestro amigo, su mirada aguda, nos evitó llegar hasta los bosquecillos y desengañarnos en el terreno.

\* \* \*

Creíanlo reaccionario cerrado en política y católico fanático en materia religiosa. Será una sorpresa para muchos saber que Eduardo Solar nunca firmó los registros del Partido Conservador. Ni de ningún partido. Era demasiado independiente, demasiado persona. Y pertenecía a una generación—la nuestra—que miraba lo político con cierta distancia. Nacimos el mismo año, el 91, y nos tocó esa mar boba del régimen parlamen-

tario, inestable y de apariencia tranquila, que no entusiasmaba en pro ni en contra, época de transición entre la autoridad y la anarquía, ni tan corrompida como para exaltarse en atacarla, ni activa o heroica como para inspirar afecto. Las cosas parecían marchar solas; los Ministerios caían y se levantaban naturalmente; se hablaba tanto de corrupción, que la corrupción había llegado a producir indiferencia; época mediocre en que los gérmenes de revuelta fermentaban, pero demasiado abajo todavía. Cuando estalló, el pliegue estaba tomado y la política nos parecía cosa de políticos, es decir, de gente poco apreciable, interesada, sin ideales. El ideal había buscado otro refugio y era un bien íntimo, un dominio solitario. Cada cual tenía su mundo. Eduardo no se desconectó del ambiente y se preparó con seriedad para su obra colectiva, que sólo ahora comenzaba a florecer, que apenas había dado sus primeros frutos. Pero no le gustaba la política. Le tenía repugnancia y un poco de miedo. Nunca podremos olvidar cierta pequeña escena tan significativa. Era en los días de la República Socialista, ese trastorno de todo lo visible. Habían llovido las balas bajo la casa de Solar Correa, Alameda esquina de Amunátegui, y hasta creemos que algunas se incrustaron en sus balcones del segundo piso. Todos estábamos exasperados e inmóviles, una especie de sortilegio había caído sobre el país y no se sabía qué hacer, dónde, con quién reunirse. Algunas personas se avergonzaban, no sin justicia, de protestar solamente con las palabras, no con los hechos; pero el

momento era así. Eduardo participaba de la indignación común, de la sorpresa y el desconsuelo. Las cosas se arreglaron, poco a poco, más los rumores seguían y agotaban la paciencia y los nervios. Una noche llegamos a visitarlo a la diez. No había que llegar antes; tampoco había que irse después de las once. Nos recibió sonriente, envuelto en una capa española que usaba en casa, e hizo traer dos tazas de agua caliente, porque terminaba de comer. Parecía, como siempre, optimista. Tenía un carácter seco, pero alegre. Vimos que sacaba de una cajita unas diminutas pastillas blancas y las echaba en su taza. Le preguntamos:—¿Y eso? Respondió muy apacible:—Luminaleta.—Y a nuestra mirada interrogadora:—Cómo andan corriendo esas noticias de Grove y de los comunistas...—Así era su inquietud y también su escepticismo. Nosotros mirábamos caer las pastillas calmantes en el agua y pensábamos que, después de todo, acaso sería esa la manera más sabia de resolver los problemas políticos, dejándolos disolverse. ¿Para qué inquietarse tanto? Un poco de tiempo y el mundo ha cambiado; otro poco de tiempo, y el mundo ha concluído.

Sin embargo. Eduardo no quería que el mundo se concluyera, ni lo espetaba. Tenía programa para doscientos años. No es un vano decir. Refiere Osvaldo Vicuña—nos costaría recordar a Solar Correa sin nombrarlo—que en cierta ocasión leían las reflexiones del español Salaverría acerca de los autodidactas y su tragedia, uno de cuyos elementos es la inmensa prepa-

ración, apresurada y solitaria, para realizar una obra que exige siglos, mientras cuando menos se piensa, llega la muerte y lo derriba todo. Eduardo aprobaba con la cabeza. Y como para que no se le creyera excluído de los autodidactas, por haber realizado estudios completos, agregó:—En Chile, a causa de la enseñanza, todos somos autodidactas.—Aguardaba, pues, conscientemente, una larga existencia. Sentíase necesario. ¡Tenía tantas cosas que decir y que enseñar! Nosotros no conocemos el equilibrio. El lo poseía. Vamos a la literatura por la política o por tal o cual idea sectaria. El iba a las letras, por las letras mismas y a las ideas por la verdad que entrañan, no para defender a un partido sin condiciones.

En materia religiosa, su posición era la de aquellos humanistas españoles del siglo XVI, tipo Luis Vives, o Huarte, que apartaban el dogma y en todo lo demás se reservaban sus derechos de experimentadores y racionalistas, poniendo primero la experiencia que la razón, antes la razón que la autoridad. Una posición que Pasteur no habría desautorizado. Nunca discutimos estos asuntos. Creía y practicaba; pero sin dejarse invadir, sin exagerar nada. Llevaba el sentido de la medida y el concepto de la personalidad hasta ese terreno en que el infinito amenaza absorbernos. Nunca le vimos atacar a un autor por razones que no fueran literarias o de orden filosófico y le hería como la mayor injusticia la acusación de limitación sectaria que solían dirigirle espíritus superficiales, engañados por las apariencias.

Se defendía por uno y otro lado. Un sacerdote más meritorio por sus buenas intenciones que por su discreción lo invitaba con insistencia a visitarlo en el convento. Solar Correa no se mostraba dispuesto a acceder. Al fin nos explicó:—Este padre... No me gusta. Me encuentra, me toma del brazo, me lleva, me pregunta cuánto tiempo que no me confieso, cuándo me voy a confesar, por qué no me confieso más seguido... Yo soy católico; pero soy un católico muy tranquilo!—Era preciso, para tomarle el peso a esta profesión de fe, oírle la voz, verle el ademán. Hablaba con lentitud, arrastrando un poco las palabras. La primera impresión suya despistaba aún a buenos observadores. Eduardo Solar tenía la apariencia y el acento de su clase, la buena clase chilena antigua, con raigambre de campo, que no se apresura, que marcha con buen sentido; y hasta su malicia o la expresión de sus ojos con las ideas maliciosas era muy criolla. Estamos tan habituados a que esa voz y esos modos se asocien a conversaciones agrícolas, a cálculos sobre las cosechas, a presunciones sobre el precio del trigo o de los animales, que cuesta acostumbrarse a pensar que sirvan de acompañamiento a preocupaciones distintas. Requeríase un trabajo para adaptarse, había que remover una gruesa cáscara a fin de hallar el fruto fino, henchido de licor precioso, sutilmente destilado y gustarlo. Y a más de la vestidura del caballero chileno, sin aliño ni desaliño, había la sugestión pedagógica, la idea de que era profesor. No debe sorprendernos que, bajo tales disfraces, sólo en la

prolongada intimidad se le haya conocido como realmente era. En Eduardo Solar, el caballero chileno, sin dejar sus tradiciones, pensó, se refinó, se hizo humanista cultísimo y catador de matices literarios y artísticos de rara calidad. El pensador que lo coronaría, en la crítica, en la historia, en la exégesis social, estaba perfilándose y avanzaba a la escena del mundo, cuando la muerte vino a trastornar sus planes. Habría sido, no nos cabe duda, no sólo figura eminente en el país, sino en todos los dominios del habla castellana. Bello prometía menos a su edad y; si hubiera muerto como Solar Correa, a los cuarenta y tres años, habría dejado una obra inferior a la del autor de las «Semblanzas Literarias de la Colonia».

He ahí lo que nos ha robado la muerte, el ladrón de medianoche.

\* \* \*

Los críticos de los críticos o sean los autores y los lectores, se inclinan a pensar, cuando ven un elogio, que la amistad personal lo provoca, como imaginan que las censuras literarias las producen las enemistades. Desengañense. Las cosas humanas no obedecen siempre a los mecanismos más sencillos y aparentemente lógicos. A veces sucede todo lo contrario de lo que parecía natural. A veces; muchas veces, no alabamos a aquéllos de quienes somos amigos, sino que somos amigos de aquéllos a quienes podemos alabar. Antes de conocer

personalmente a Solar Correa, uno de sus libros, un texto de Idioma Patrio, nos dió la sorpresa de la obra bien trabajada, hecha a conciencia y perfecta en su ramo. Lo dijimos. Después vino el trato personal, la amistad larga y frecuente; la charla íntima y el disfrutar de amistades y paseos comunes, los viajes juntos que van tejiendo recuerdos y uniendo vidas. Y como el hombre no desdecía del escritor, sino que le daba una profunda resonancia, un fondo de sinceridad consistente, como los libros que después vinieron superaban a la obra inicial y los juicios que se sucedían iban de acuerdo con la impresión exacta que causaban en nuestro ánimo, esa amistad no conoció ni tuvo por qué conocer trizadura. Y tan cordial fué el apretón de manos de la afinidad recíproca y tan fuerte la comunidad de pensamientos y de sentimientos, que al romperla la muerte ha sido como si se llevara algo que no le pertenecía.

A l o n e .